



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El coquetismo. — A la memoria del apreciable joven D. Cipriano Perez Rioja; poesía. — El pordiosero del lugar — La violeta; soneto. — La flor de las ruinas. — Revista de teatros. — Modas. — Explicación del pliego de confecciones de invierno.

EL COQUETISMO.

El vicio y la virtud se rechazan fundamentalmente. El vicio es repugnante; la virtud es simpática. Pero el vicio sabe ocultar su deformidad engalanándose con seductores disfraces, y la virtud se esconde frecuentemente bajo el manto sublime de la modestia. Nadie negará la importancia de entronizar la virtud en el mundo, ni desconocerá el interés de desterrar el vicio de la haz de la tierra. Por eso se comprenderá universalmente la necesidad de destruir los gérmenes de las pasiones más groseras, y de cultivar los sentimientos purísimos que brotan espontáneamente en el corazón

humano. Hay verdades que todos aceptan como inconcusas, como evidentes, y por eso se pronuncia el sentido común contra la maléfica influencia que ejerce el vicio en la sociedad, y por eso entona himnos de arrobamiento y entusiasmo en loor de las virtudes más heroicas.

Detendremos nuestras consideraciones, para no pecar de prolijos en un artículo de límites angostos, pero no podemos menos de llamar la atención pública sobre la necesidad de descubrir todo el mal que entrañan ciertas costumbres admitidas en el mundo y traducidas por gracias inocentes y encantos sobrenaturales. Y entre estos vicios destaca colosalmente el coquetismo, ese vicio que trabaja tanto en el corazón de la mujer durante los floridos años de la juventud, y que acompaña á muchas hasta una edad avanzada, para que en el pecado mismo encuentren la penitencia, porque el ridículo es el condigno castigo de un extravío tan liviano. El coquetismo es un alarde de belleza, es un lujo de gracias, es una ostenta-

ción de encantos. El deseo de sobresalir y de fascinar es innato en el hombre, y el temperamento impresionable de la mujer convierte este deseo en una sed devoradora é insaciable. Así es que la niña más modesta empieza á presumir en la aurora de la vida, en los días serenos de la infancia.

No negaremos la saludable influencia que ejercen la emulación, el estímulo y el amor propio de la dignidad, en la conducta humana. Es bien claro que las inclinaciones virtuosas se robustecen con las recompensas, y que no hay recompensa exterior que satisfaga tanto como el aprecio público. Y en pos del aprecio público se precipita ansioso y ciego el corazón humano. Por eso no debe admirarnos ese deseo vehemente que se manifiesta en el pecho de la mujer, de despertar en la sociedad las simpatías más volcánicas; pero es preciso que este deseo se modere, que se encierre dentro de racionales límites, pues si traspasa la esfera que la prudencia le señala, compromete intereses muy sagrados, produce heridas muy profundas y crea conflictos muy considerables.

Supongamos que una mujer jóven, y á quien adornan todos los encantos de la belleza, siente en su alma un deseo irresistible de interesar á cuantos la rodean; supongamos que este deseo se ha convertido en una pasión formidable que abrasa su pecho, y demos por cierto que se siente aguijoneada por un estímulo tan vehemente que la arrastra á poner en juego todos los resortes que encuentra en su persona; para inspirar en el corazón del hombre los sentimientos más misteriosos y más inefables. Y la mujer que se encuentra señoreada por semejante pasión no se aprensionará de su ferviente deseo, no escrupulizará sus aspiraciones, no se creará culpable por alimentar esa sed de triunfos que devora su corazón. Y por eso mismo, por esa candidez con que acoge su deseo de producir entusiasmo con sus hechizos, por eso mismo interesa capitalmente que conozca la criminalidad de su conducta. Es triste que el hombre engendre males con pleno conocimiento de que los ocasiona, pero es también muy deplorable ser causa inocente de amargos disgustos y de tremendas desgracias. Y la mujer debe sentir más honda pena de

acibarar el corazón del hombre, de matar un corazón al que debe dar vida, ventura, entusiasmo, felicidad inefable.

Por eso es indispensable llamar la atención de la mujer sobre las consecuencias de sus extravíos más vulgares, ya que por desgracia incurre frecuentemente en faltas, cuya gravedad no comprende y no puede definir. Si observamos el carácter de la mujer en la época más florida de la juventud, conoceremos que su afán más pronunciado es el de cautivar los corazones de cuantos fijan en ella sus miradas. Y ese afán puede atenuarse mientras la mujer proceda pasivamente, mientras se limite á presentarse en la sociedad acreditando los encantos de su belleza moral, y mostrando su buen gusto en ataviarse, porque el buen gusto no está reñido con las virtudes más acabadas; pero desde el instante en que la mujer torture su inteligencia para interesar el corazón del hombre y se esfuerce por avasallar y rendirlo ante sus gracias, desde el instante en que sus aspiraciones sean tan egoístas y tan menguadas, pierde la mujer el timbre que más la eleva y la ennoblece, pierde el amor á sus prójimos, abdica la caridad, ese fuego divino que tanto la realza y que tan vivamente debe arder en su pecho, renuncia á una de las virtudes que más engrandecen la dignidad humana. Porque si la mujer se afana por acibarar la existencia del hombre, por amargar la vida de muchos hombres, por emponzoñar el corazón de sus semejantes en cambio de un halago para su grosero amor propio, la mujer es indigna de ser mujer, porque la mujer más sublime y más simpática es la que consagra su vida á los sentimientos más puros é inefables, á esos sentimientos de amor y de caridad que no pueden florecer en una alma contaminada en los pútridos miasmas del mortífero egoísmo.

La mujer debe discurrir discretamente sobre su conducta, debe apreciar lo mucho que vale la virtud, y debe esforzarse para distinguir y aquilatar los actos honrados y los que son viciosos, porque así y solo así es como podría purificar sus afectos, hermosear su corazón y dilatar los horizontes de la verdadera belleza que no está sujeta á la acción corruptible de la materia, y que es tan eterna como la sustancia

indeletérea de que Dios hizo el alma humana. La mujer tiene instintos nobles y generosos, pero la mujer es apasionada en grado superlativo, y las pasiones la precipitan en los abismos más horribles y espantosos. Y el coquetismo es una de las pasiones que más se señorea en el corazón de la mujer, y el coquetismo no se presenta con el carácter deforme y antipático con que se presentan otros vicios más repugnantes en la apariencia, aunque menos graves en la realidad. Por eso mismo interesa más apremiantemente el dar la voz de alerta sobre un estravío tan punible como es el coquetismo; por eso mismo conviene recordar á la mujer sus deberes morales respecto á la caridad, haciéndole comprender que muchos de los actos que ella considera inocentes, son actos de tamaña gravedad y que producen funestas consecuencias.

Hombres hay que fascinados por el brillo engañador del coquetismo han corrido en pos de una quimera, han marchitado sus más risueñas aspiraciones; hombres hay que han visto defraudadas sus más fervientes esperanzas por el desengaño con que el coquetismo pagó su afecto delirante; hombres hay que han renunciado á la familia porque una coqueta les hizo ver el amor por el cristal del pesimismo, despertando en sus pechos el escepticismo más horrible, hiriendo cruelmente sus corazones apasionados, y nublando para siempre el purísimo cielo de sus más brillantes ilusiones.

Si la mujer comprende toda la deformidad del coquetismo, la mujer lo repugnar , lo detestar , lo aborrecer  mortalmente, y evitar  con su conducta las funestas consecuencias de un vicio tan terrible, tan generalizado y tan trascendental.

JUAN CANCIO MENA.

Insertamos con gusto la siguiente poesía de la desgraciada ciega doña María Josefa Zapata.

A LA MEMORIA

del apreciableísimo joven D. Cipriano
Perez Rioja.

Vuelvo a pulsar mi abandonada lira
A quien comuniqué mis afecciones,
Para cantar las tétricas canciones

Que la amistad en su dolor me inspira.

De tierna madre el congojoso llanto,
Y de un amante padre el sufrimiento,
Hieren mi corazon, turban mi acento,
Y en mi pesar me aduno á su quebranto.

Mas... ¡no puedo cantar! Mi pléctro olvido
Al recordar que de Azrael la mano
Privó á la humanidad de un digno hermano,
Y á sus padres de un hijo tan querido.

Lindeza, juventud y entendimiento,
Brillaban en su hermosa primavera,
Cuando la Parca le llevó a otra esfera
Cumpliendo con la ley del movimiento.

Ley de justicia, en que la gran natura
En todos cobra general derecho;
Y si el pacto en la tierra fué deshecho,
De las obras el pago está en la altura.

Tema el malvado, pues, que en el disgusto
De la gran sociedad busca un renombre;
Mas no aquel que en su frente lleva el nombre
Ganado en la virtud, del bueno, el justo.

El que buscó la luz y en su desvelo
Encontrando la sombra y la miseria,
Su espíritu dejando á la materia
Lanzóse altivo hasta el dintel del cielo.

Y al hallarse entre grupos celestiales,
Al mundo dirigió dulce mirada;
Y dijo: «¡soy feliz, familia amada;
Enjugad vuestros llantos paternos!»

MARÍA JOSEFA ZAPATA.

EL PORDIOSERO DEL LUGAR.

(Continuacion.)

—Lloran, y á mi me desgarran el corazon; porque los veo morir sin tener alimento que darles.

Todas las madres que me acompañan, están en el mismo caso que yo. Medio pueblo vá á perecer si Vd. no se compadece de nosotros.

Y la pobre mujer estrechaba contra su corazón el descarnado niño, que habiendo pugnado largo rato por sacar alimento del seno de su madre, y viendo era tan escaso que no satisfacía su hambre, daba agudos gritos que á ella le partían el corazón, y á todos los que presenciaban la escena, menos á D. Damián, que careciendo de esos pícaros nervios que

tienen las personas sensibles, se mantenía con el rostro estirado como una cartulina, y sin más movimiento que el pestañeo de los ojos, por ser preciso.

—¡Señor! ¿No me ha oído su mercé? ¿No ha oído que le he dicho que nuestros hijos se mueren de hambre?

—¿Está su mercé durmiendo, ó no ha escuchado bien lo que una aflijida madre le ha dicho?

—¿Dejaremos á nuestros hijos morir, como esos pobres pájaros en la vega, sin un grano de trigo, ni nada que les libre de esa espantosa muerte?

—¡Vea Vd.! ¡vea Vd. bien este cuadro! y díganos luego qué hemos de hacer, para librarnos de lo que nos amenaza.

—¿Están Vds. locas? ¿Soy yo abogado de pobres? ¿Reparto yo acaso los bienes de la Providencia?

—¿Qué significa este escándalo y atropello en mi casa, ni quién les ha dado á Vds. derecho para venir á turbar la paz de mi domicilio?

—Cuando se necesita una limosna, se pide á la puerta y no se viene á armar ese escándalo, ni aturdirnos con lloriqueos y finjimientos. Cada una de Vds. tiene un bolsillo de piedras y otro de lágrimas, para emplearlas según el aire que corre.

—¡Señor, piedad! ¡piedad de nuestros hijos!

—Ya soy perro viejo, y sé las máculas y marrullerías de que se valen los pordioseros para enternecer los corazones.

—¿Y quién le ha dicho á Vd.,—contestó una de ellas adelantándose con noble ademan,—que nosotras venimos á pedirle una limosna?

—¿Quién le ha autorizado para insultar el dolor y burlarse de las madres aflijidas?

—Vé Vd., aquí he traído mis tres hijos, creyendo ser socorrido por quien posee una renta para mantener el lugar entero muchos años; pero si hubiera sabido que nos iba á tratar como mendigas é impostoras, le aseguro que á cada uno de ellos hubiera hecho su mortaja sonriendo, muy gustosa de verles irse del mundo, para no tolerar mañana lo que yo he escuchado hoy.

—¡Tan pobres como soberbios!—contestó D. Damian impasible.

Ea, acabemos esta comedia y cada uno á su

casa, que yo no estoy aquí para perder tiempo escuchando sandeces de á folio, ni he venido á vivir á este pueblo para mantener holgazanes y ser padrino de tanta criatura descamisada.

—D. Damian,—contestó la mujer,—nuestros maridos han dejado la sangre en los campos de Vd. Son sus trabajadores, los que le traen las harinas y los frutos en abundancia, y le llenan las arcas de oro, y la casa de alhajas riquísimas.

Ya llevan mucho tiempo de trabajarle y ganan un corto jornal con honradez; que aunque pobres no quieren más dinero, ni más riqueza, que la que ganan á fuerza de gotas de sudor.

Si nosotras necesitamos hoy de Vd., mañana necesitará Vd. de los brazos de ellos; por eso le dije, que no veníamos á pedir limosna, sino un adelanto de papas y maíz, que ellos pagarán cuando empiece el trabajo.

Con solo que nos dé su mercé alimento para un mes ó quince días, salimos del paso, y luego se desquitará en la siega, que bendito sea Dios, vendrá el verano y empezaremos á salir de apuros. Si se había una de echar un trapo encima ó echárselo al hombre, no se lo echa, y se pagan deudas, y Dios hará la costa y nos traerá otro año mejor para desahogarnos.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

LA VIOLETA.

(Soneto de Camoens).

En un jardín ornado de verdura,
Que esmaltaban por cima gayas flores,
Entró con la deidad de los amores
La diosa de la caza y la espesura.

Diana escujo allí una rosa pura,
Mientras Vénus un lirio de colores:
Pero vencía en gracias y en primores
De humildes violetas la hermosura.

Dijeron á Cupido, que allí estaba,
Que cuál de aquellas flores tomaría
Por más suave y pura y más hermosa.

Y sonriendo el niño contestaba:
—Todas hermosas son, mas yo querria
Violeta, más que lirio y más que rosa.

R. FERRER Y BIGNÉ.

LA FLOR DE LAS RUINAS,

RELACION DE UN SUCEDIDO,

POR FERNAN CABALLERO.

(Continuacion.)

Pedro habia exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas, cosa que por una de sus muchas anomalías, no parecia cuidarse su querida, que esta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar más apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla, era la que en el Mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazon, esto es, el canto, en que á la vez espresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oídos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

He de amar, amar eu quero
Pro mas que murmure a gente,
Q'esa gente que murmura
Tal vez nao seja inocente.
Se o amar fôra pecado
Era eu gran pecador;
Mas o Ceu facil perdoa
Culpa que nasce d'amor (1).

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y ligera al encuentro, se asía á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo, abstraídos de todo, sin pensar en el AYER ni en el MAÑANA, que amargan el HOY con sus recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol, sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que reunidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras TE AMO, que segun dice un autor, nunca envejecen.

(1) He de amar; amar yo quiero
Aunque murmure la gente;
Que esa gente que murmura
Tal vez no sea inocente.
Si el amar fuese pecado
Yo fuera gran pecador;
Mas perdona el cielo fácil
Culpa que nace de amor.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores habia visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas; cantando cual aquellos, jugando cual estas; sin pensar en el mañana cual unas y otros! Pero pasó la primavera, y su hermano el verano, siguiendo el otoño que acorta las tardes y enturbia su cielo; y las entrevistas de los amantes se hicieron más cortas y menos frecuentes. Entonces Pedro resolvió salir de la situación singular y subyugada en que se hallaba.

Tenia él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es, en el tiempo que es amada; y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con más pasión que la que él mismo siente. Así fué que confiado en el ascendiente que ejercía sobre su querida, le intimó la terminante resolución que tenia de hacerla optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunía sus almas, y que no podían satisfacer de esta suerte ni á su corazon ni á su razon, ó de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

—¿Para qué quieres,—le dijo ella apurada y cariñosa,—conocer las RUINAS? ¿No te basta LA FLOR?

—Bástame la flor,—respondió Pedro;—pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla á un suelo que sea mio, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

—La FLOR DE LAS RUINAS tiene espinas, y sabe guardarse,—repuso ella;—y no puede,—añadió con tristeza,—transportarse. Además... ¡las ruinas ván á desprestigiar á la flor!

—Más la desprestigiará esta prolongada y singular ocultación,—dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinación, y la pobre FLOR DE LAS RUINAS cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer á su amante un determinado día.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

Volvemos á reanudar nuestras tareas de revista, contando tácitamente con el beneplácito de nuestras amables suscriptoras de LA VIOLETA, á quien tenemos el placer de saludar á fuer de escritores galantes, y de cuya benevolencia esperamos ser considerados de una manera indulgente.

Nuestro conocimiento no ha sido tan fugitivo que se borre con facilidad de la memoria de aquellos que nos han honrado, fijando su atencion sobre estas columnas: hace un año que empezamos á escribir esta seccion, y si la ausencia de la corte, por una parte, y por otra la trégua que se establece en la activa rotacion del teatro en la estacion canicular, nos obligaron á interrumpir esta tarea, bien saben nuestros lectores que no les hemos abandonado completamente, tal es la estrecha simpatía que á ellos nos liga.

En la prodigiosa actividad de la vida del presente, un año equivale quizás á un siglo del pasado, de modo que podemos decir á nuestros lectores, que nuestra amistad es antigua. Y como entre el que escribe y el que lee se establece una comunicacion indefinible, que acendra soberanamente la amistad á través del tiempo y del espacio, de aquí que hayamos abierto hoy esta seccion, empezando por dar á los que nos favorecen una prueba de los sentimientos que abraza nuestro corazon.

Y basta por ahora de cortesanía.

Tenemos que ocuparnos brevemente del teatro, y hemos notado que nuestro afecto hácia los lectores de este semanario, nos ha llevado más allá de lo que podíamos esperar; la pluma ha volado libremente, y en la alternativa de entregar á la tijera el exordio, ó de ofrecer una revista larga, hemos preferido esto último sin poderlo remediar, movidos por una gratitud inesplicable.

Respecto al teatro, no queremos empezar esta seccion alentados de un frio pesimismo, tal vez justo, en vista del aspecto que presenta. Ocasiones tendremos más adelante (y ojalá no las tuviéramos) de esponer razonadamente

las enfermedades deplorables que aquejan á la escena.

Desviándonos un tanto del coliseo de *Variedades* donde sale á plaza algo de lo bueno antiguo, pasando por alto el teatro del *Circo* donde todo lo nuevo que se ha presentado ha sido mediano, concediendo al de *Jovellanos* la rara ventura de un éxito regular en la zarzuela *La doble vista*, y deplorando los tristes fiascos de la ópera italiana que ciñe ahora tocas de luto, fijamos naturalmente nuestra atencion en el coliseo del *Príncipe*, único que ha empezado á dar espectáculos con buena fortuna.

El director de escena de este teatro ha dado muestras, indudablemente, de los buenos deseos que le animan para complacer al público, y alcanza la debida recompensa. Esto tiene que suceder siempre que se procede con inteligencia y con acierto en la difícil tarea de la adquisicion del repertorio dramático, tarea tan fácil para muchos, si bien exigua en los resultados, cuando se atropella por todo, á fin de explotar el afán de la novedad.

El lunes último se estrenó en el coliseo del *Príncipe* una bonita comedia en tres actos, original del festivo escritor Serra.

Con decir que es Serra el autor, estaria dicho todo; pero desgraciadamente, Serra, el fecundo y aventajado poeta, cuyos sabrosos conceptos han formado siempre las delicias del público, está postrado hoy por una grave dolencia que se le disputa á la escena española; y esta muestra que la ofrece de su cariño, conmueve y engendra la admiracion en las almas de aquellos que aman á la literatura.

Si la comedia tuviera defectos, solo esta consideracion nos haría guardar silencio: Serra es hoy el talento paralítico, y no tenemos espacio mas que para pedir á Dios que le devuelva la salud, para seguir siendo uno de los más felices cultivadores del arte cómico.

El Amor y la Gaceta, que así se llama su última obra, es una comedia que respira toda la gracia, toda la *vis*, y todo el encanto de las aplaudidas producciones de este autor. Increíble parece que sea una obra inspirada entre los dolores de los padecimientos físicos.

Tipos acabados, versificacion fácil y elegante, correccion y pureza, situaciones cómicas,

índole propiamente española, reflejo verosímil de nuestras costumbres, todo, todo nos recuerda los buenos tiempos de este autor, cuyo númen se mantiene perenne, con prodigiosa energía.

Algo deshilvanada y confusa en el plan aparece; mas el público olvida esto saboreando sus versos castizos, sus chistes, y ese *quid* indefinible que tienen todas las obras de este jóven poeta.

La ejecucion fué esmerada por parte de todos los actores que trabajaron con mucha conciencia. ¡Ojalá que continúen por tan buen camino!

Cerramos por hoy esta revista. Nuestro sistema para lo sucesivo ya le conocen nuestros lectores. Al emitir nuestras ideas en asuntos de crítica literaria, no tendremos otra norma que la más estricta imparcialidad y la justicia. Valga por lo que valiere, no hemos de aplaudir lo malo, ni mucho menos recomendarlo á los que nos favorecen, esponiéndoles á encontrar alguna decepcion. Así lo hemos hecho en lo pasado y lo haremos en el presente y en lo porvenir.

L. A. HERRERO.

MODAS.

Correo de señoritas.

El estío va cediendo enteramente la plaza al invierno; el otoño adelanta tan progresivamente que en breve solo quedará un recuerdo en nuestra mente de los tejidos vaporosos y ligeros de la poética estacion y de los coquetones sombreros de paja redondos, bajo cuya sombra tantos bellos ojos han trastornado el juicio á más de cuatro cabezas jóvenes ó de carácter, alegres ó serias, superficiales ó pensadoras.

Disfrutemos aún, puesto que todavía hay hojas en los árboles y se mecen flores en los pensiles.

El otoño tiene tambien sus encantos, preferibles tal vez para las almas que divagan en los espacios de esa dulce melancolía consecuencia de un sol menos brillante, unas flores sin aroma y unas aves sin canto.

Bajo la impresion de este indefinible sentimiento pueden mis encantadoras lectoras gozar de las frescas brisas que suceden á los grandes calores, recojiendo á su paso como última flor del otoño un delicioso sombrero de crespon Emperatriz bordado de gotas de agua ó de florecitas de seda, con un saúce rizado que ocupa el ala y se asegura á la estremidad del casco en matiz dália.

El presente mes y el de noviembre nos darán otras creaciones, porque la moda está en el caso de los debuts de estacion.

Por eso la pasamanería tiene mil franjas á la orden de las confecciones escocesas, sin poderse citar, sin embargo, ninguna como novedad.

Los bordados para trajes Luis XIV serán de gran género, y las guarniciones polonesas con brandebourgs se anuncian con éxito.

Los adornos Postillon y Fígaro están siempre en boga, el Postillon con punta detrás y cintura de pasamanería, el Fígaro con franja de herretes y de bolas.

Las cinturas siguen el impulso de la moda.

Las más espléndidas son de raso ó de terciopelo escocés, de una anchura de 120 centímetros.

El escocés continúa ascendiendo hasta el punto de ser más bien vistoso que bello. ¡Qué corriente de escocés y de confecciones á cuadros de dos colores! Para ser distinguido necesita tales condiciones de elegancia, que precisamente debe descender á lo vulgar y á lo ridículo.

Sobre el raso, el terciopelo y el tafetan destellarán los cuadros azules y verdes de diversos tonos, cortados por rayas blancas, encarnadas y amarillas.

El verdadero escocés de colores brillantes y nacionales no se halla sino en los tejidos de lana.

Algunas fábricas de primer orden los han dado á luz con tres ó cinco bandas escocesas tejidas horizontalmente en la tela sobre fondo rosa-ceniza, blondo-Habana, negro, ó azul Méjico.

El raso y el moiré-antique se ostentan con una coleccion de pájaros-mosca.

Pero el más rico tejido que puede ofrecerse como maravilla de fabricacion, y que recuerda los trajes de la corte de Luis XIV, es un *pou-de*

soie gros grain de doble trama, en tinta lisa con todos los reflejos del terciopelo.

¿Quereis creerme con respecto á confecciones? Las damas de gran tono llevarán el vestido Bressant en *Mademoiselle de Belle-Isle*, con la diferencia de que el sobretodo Luis XIV será bordado de negro sobre terciopelo negro, azul ó violeta. Este será el modelo más rico y elegante.

También teneis el abrigo *Judia* á pliegues anchos y encañonados.

Rotondas escocesas en terciopelo de lana con capuchon ó sin él.

Paletots semi-ajustados bordados de pasamanería.

Y un paletot en paño violeta con capuchon veneciano enteramente típico.

El foulard se ha visto obligado á pasar por Escocia para agradar á la moda, pero esta fantasía no implica en la novedad de producirse con múltiple prodigalidad.

Para trajes de otoño los más bellos foulards son de fondo Habana, negro, cabellos de la reina, con pequeños dibujos miniatura ó á rayas.

Los trajes enteramente de vestir son de foulard liso de calidad estra-fuerte, guarnecidos de cintas escocesas.

La lencería se despliega igualmente en flores de otoño. Citaré como novedad la parúre (manga y cuello) Remember en flores de lis de Valenciennes aplicadas sobre tela.

La parúre napolitana se compone de un cuello de tela encañonado de Valenciennes con jareton calado y abriéndose por delante á lo Masaniello. Las mangas decoradas de un cuadro napolitano de tela remontando sobre el plegado hueco de la muselina.

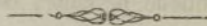
Y la parúre chinesca en entredoses de bordado y de Valenciennes con cuello alto encañonado terminado por dos valonas de encaje.

Voy á recordar á mis bellas lectoras la cintura Regente, porque deseo verlas llenas de gracia y de flexibilidad, al mismo tiempo que cómodas y sin las dificultades que pone el corsé al movimiento natural.

El otoño nos devuelve las violetas, por cuya razon está el Ess-violette á la orden del día, del mismo modo que la leche de cacao para atravesar el invierno, sin que el frio influya en

la blancura mate y nacarada de los dulces rostros que lo emplean.

JOAQUINA DE CARNICERO.



Explicacion del pliego de confecciones de invierno.

1. María Luisa. — Gran capa de paño color subido, guarnecida de franjas de felpilla y de cruces de terciopelo realizadas de guipure, las que ván dispuestas en dos filas que indican una segunda capa.

2. Duquesa. — Paletót de terciopelo medio ajustado, cerrado de arriba abajo por botones ovalados. Los lados ó costados están guarnecidos de guipure formando quillas que rodea también el bajo. La manga de codo está también guarnecida de guipure por abajo por la sangría y el codo, formando arriba un jockey.

3. Ben Said. — Burnesa ó sobretodo de paño claro, de capuchon liso, del cual el envés vá adornado de un rizado, y á la punta tres borlas pendientes.

4. Criolla. — Paletót de paño para niñas de siete años. La espalda de este paletót, así como los lados son de forma medio ceñida, y la delantera así como los bajos están guarnecidos de pasamanería imitando el rizado y formando almenas ó cuadros.

5. Letorriere. — Traje á lo Luis XV para niños de siete años.

Está compuesto de un vestido de terciopelo, marcando el talle, atado ó unido solamente al cuello y á la cintura, de modo que el pecho y el bajo del chaleco queden un poco descubiertos, chaleco de faldillas de piqué blanco, pantalón de terciopelo como el vestido, y recojido sobre la rodilla formando onda y guarnecido como este de pasamanería que adornan los lados solamente.

6. Capricho. — Paletót de paño de forma medio ceñido, del cual los adornos son de pasamanería y guipure, en dos filas dibujando la túnica, que está entrecortada por montantes en el bajo de los lados. La delantera está cerrada por botones ovalados, y adornado el largo del delantal de una escala de cintas cordoncillos ó tiras de terciopelo estrecho, cuyas filas ván muy unidas. La manga de codo está guarnecida por abajo de un modo en consonancia con la delantera del paletót.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario. — VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865. — Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.